

Próximo Sexenio

El Enmascarado de Plata

POR LORENZO MEYER

PROPONGO al lector que continuemos con la tarea de la semana pasada: el examen de los temas urgentes, de esos que deberían quedar incluidos en la agenda del próximo sexenio. Hoy es un día tan bueno como cualquiera para abordar el problema del discurso político de quienes tienen el poder, y que en este sexenio ha resultado ser muy poco eficaz e incluso contraproducente.

Mi hijo es un teleadicto y se sabe de memoria todos los comerciales que acompañan los programas de caricaturas. Cuando aparecen los "comerciales" del gobierno, discrimina entre aquellos que le parecen aceptables (campañas de vacunación, Locatel, etc.) y los que no. Hay uno que sistemáticamente le provoca comentarios y sonrisas irónicas, y es aquel que dice: "Cuatro años de gobierno, cuatro años de logros y perspectivas".

★

CUANDO se ha llegado al punto en que ni los niños —es decir, los seres más inocentes y crédulos— aceptan que exista alguna relación entre la realidad que ellos viven y la que les pinta el lenguaje oficial, es que hay un problema muy serio de comunicación entre gobernantes y gobernados.

Alguien dijo que no existe un pueblo lo suficientemente maduro como para poder hablarle exclusivamente con la verdad; simplemente no la resistiría. Es posible que así sea, pero no hay forma de probar tan contundente afirmación, pues desde sus orígenes

el discurso político —especialmente el que se hace desde el poder— no ha tenido como objetivo central servir a la verdad, sino ser un instrumento de manipulación de los gobernados para conseguir o afianzar el poder de una élite gobernante. En los orígenes de la teoría política, Platón llegó a proponer como el gobernante adecuado en la polis vir-

tuosa al filósofo, es decir a un individuo comprometido con la verdad y sólo con la verdad. Desgraciadamente nunca existió el rey filósofo, no es posible, y Aristóteles se encargó de decir por qué.

Ahora bien, si el discurso político y la verdad no son una y la misma cosa, la distancia que media entre ambos no es siempre la misma, ésta aumenta o disminuye según la naturaleza de la sociedad, del régimen, del gobierno y de los gobernantes. La experiencia demuestra que, a la larga, el mejor lenguaje político, o sea el más efectivo, es aquel que no se ve sistemáticamente contradicho por la realidad, sino que la refleja con cierta fidelidad. En el México de nuestros días los conceptos usados desde el poder parecen estar empeñados en buscar que la realidad los contradiga sin mayor dificultad. Cuando desde el poder se dice revolución cualquiera sabe que en realidad se quiere decir *statu quo*, el término nacionalismo significa mayor vulnerabilidad frente al exterior, el de renovación moral se refiere a la imposibilidad de castigar a los verdaderos culpables de la corrupción administrativa, democracia significa única y exclusivamente el triunfo sistemático y por cualquier medio de un solo partido, el término justicia social en realidad hace referencia a la concentración sistemática del ingreso en los niveles más altos, el concepto de Estado de Derecho se refiere en realidad a un sistema donde frecuentemente la justicia falla en favor de quien puede ofrecerle más. En fin, para qué seguir, seguramente no lo estoy descubriendo nada nuevo a nadie. Cada uno de nosotros puede ampliar esta lista a lo largo de varias páginas.

★

TODO lenguaje político elaborado por el poder es, pues, una máscara que, con mayor o menor fortuna, intenta cubrir la realidad desagradable —muchas veces brutal— que implica la existencia de dominadores y dominados, explotadores y explotados. Así ha sido desde el principio de los tiempos y

Próximo Sexenio.- El Enmascarado de Plata

Sigue de la página siete

todo indica que, mientras los estados y los gobiernos existan —socialistas, capi-

talistas o una mezcla—, así seguirá siendo.

La máscara que el sistema político de la posrevo-

lución mexicana usa, o más bien usó, para enfrentarse a sus enemigos y súbditos, fue una máscara de plata

—con un buen número de agujeros, claro está— que le fue relativamente útil por más de cuarenta años.

Esta máscara de plata se manufacturó con los recursos provenientes del crecimiento constante de la economía mexicana desde la Segunda Guerra Mundial hasta 1982. Este crecimiento le dio a los gobernantes los medios materiales para seguir una política populista que sistemáticamente compraba directamente, o con subsidios, tarifas proteccionistas, exenciones fiscales, contratos, etcétera, la voluntad de aquellos individuos, grupos o clases, que podían causarle problemas. Sólo cuando este medio poco ético pero relativamente pacífico y eficaz falló, entonces el enmascarado se quitó la máscara y mostró violentamente su verdadera faz por la vía de la represión. Sin embargo, con la crisis se ha acabado la plata y al orgulloso enmascarado de ayer no le quedan más que unos cuantos hilachos para cubrirse. Hoy su remedo de máscara ya no convence ni a los niños.

Por todo lo anterior, es necesario que el próximo gobierno cambie su lenguaje y, a la vez, el contenido de sus políticas, de tal manera que sin pretender lo imposible —que nos diga la verdad y sólo la verdad—, su discurso sea más congruente con la realidad, es decir que sea más eficaz. Sólo así se puede pretender convocar con éxito al grueso de los mexicanos a la difícil y prolongada tarea de rehacer nuestro sistema económico y, sobre todo, nuestro sistema de valores.

por fortuna, intenta cubrir la realidad desagradable —muchas veces brutal— que implica la existencia de dominadores y dominados, explotadores y explotados. Así ha sido desde el principio de los tiempos y

SIGUE EN LA PAGINA OCHO